

vés de las transacciones entre empresas interrelacionadas. De hecho, gran parte del comercio mundial está en manos de empresas que controlan filiales en otros países, fenómeno que tiende a adquirir mayores proporciones.

Uno de los puntos de fricción entre las multinacionales y los Gobiernos tiene su origen en las transferencias financieras que, en cantidades importantes, tienen lugar entre filiales situadas en distintos países. Estos movimientos de fondos pueden entorpecer e incluso anular la política económica de una nación en lo que se refiere al cambio exterior, la balanza de pagos y la disponibilidad de crédito.

Las multinacionales gozan de una importante ventaja en su financiación, pues tienen fácil acceso a los mercados de eurodólares y de euro bonos. Además, pueden elegir, dentro de la amplia gama de mercados nacionales de capital, aquellos que tengan tipos de interés más bajos. Otra facultad que poseen es la de instalarse en el país que ofrezca las mejores condiciones. Esta capacidad de elección provoca una dura competencia entre los Gobiernos para atraerse a estas empresas. Competencia que, en opinión del autor, se incrementará durante la presente década.

Un capítulo importante del libro es el que trata de los problemas sindicales planteados por las multinacionales. Según Ch. Levinson, secretario general de la ICF, «se ha creado una situación nueva y revolucionaria», con sus ventajas e inconvenientes. Por una parte, se ha intensificado el «poder desintegrador de los sindicatos», ya que los efectos de una huelga no se limitan a un solo país. Pero al mismo tiempo, la estructura y flexibilidad de las multinacionales «amenazan la esencia misma de la autoridad sindical»: la empresa puede presio-

nar con su posible traslado a otro país. La baza más importante a jugar por los sindicatos consiste en la cooperación internacional en orden a luchar por unos objetivos comunes.

Por último, el autor describe los problemas que se plantean en la contratación de personal por parte de las multinacionales, tarea en la que se cometen discriminaciones, hasta el punto de que se ha podido hablar del surgimiento de un «nuevo colonialismo». ■ **JOSE MIGUEL FERNANDEZ PEREZ.**

Zamora Vicente: Valle y la novela por entregas

La publicación de «La cara de Dios» ha servido a Zamora Vicente, probado conocedor de toda la obra valleinclinca, para asomarse una vez más al mundo noventayochista. Conocida es la peripecia de esta novela por entregas, versión más que libre de una pieza de Carlos Arniches. Citada en más de una ocasión por los biógrafos de don Ramón, lo cierto es que no figuraba en sus «Obras completas» y han tenido que pasar muchos años hasta que la Editorial Taurus la pusiera al alcance de los lectores de nuestros días.

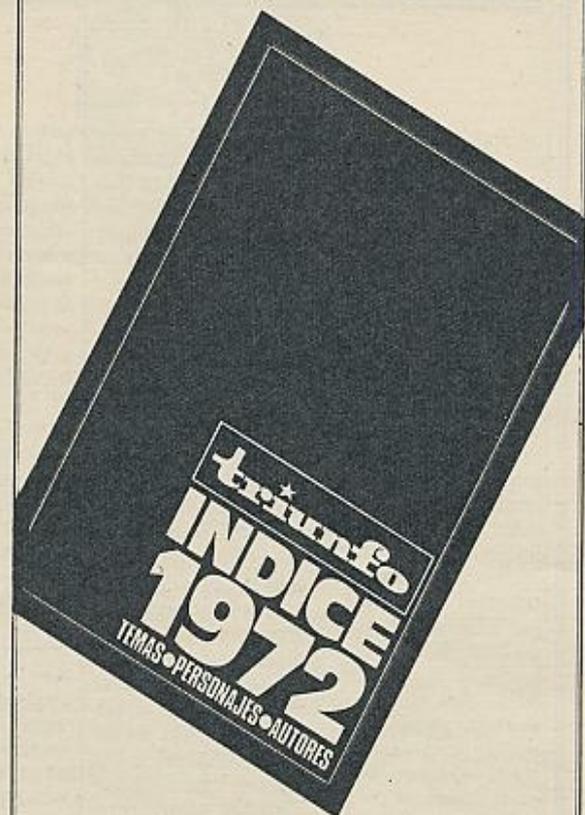
«La cara de Dios» —drama de costumbres populares, de Arniches, con música del maestro Chapí— se estrenó en el teatro Parish, de Madrid, el 28 de noviembre de 1899, escribiendo Valle la «recreación» novelística al año siguiente. Año, pues, en el que Valle había publicado todavía muy pocas cosas y estaba muy lejos de ser el escritor generalmente admirado de un cuarto de siglo más tarde. Año en el que importa más sacar el dinero para seguir adelante, que defender una fódava inexistente carrera literaria.

El trabajo de Zamora Vicente apunta hacia dos direcciones. De un

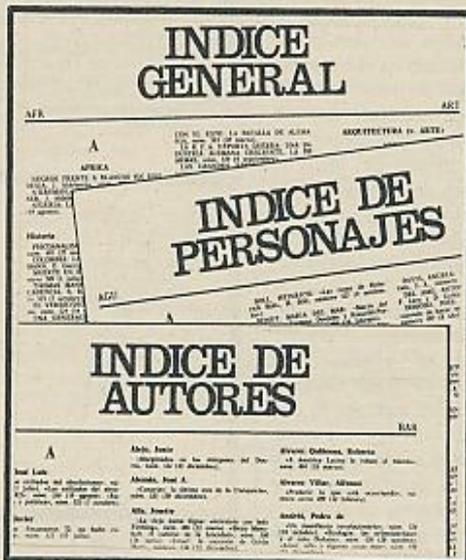
lado, señalar las características de la «novela por entregas», tan en boga en aquellos tiempos. Valle habría sido en gran medida el cocinero de una literatura que tenía que sujetarse a los presupuestos establecidos por los lectores del género. El melodrama sentimental, con su dimensión policíaca —el crimen siempre ha sido y sigue siendo un asunto de interés popular—, y la necesidad de mantener semana tras semana el interés de los lectores, habría sido la regla de oro del trabajo. Todo un estudio de carácter sociológico se advina posible detrás de esta precisión.

El otro punto abordado por Zamora Vicente, respondiendo a los que han descubierto en el texto de Valle las huellas de otros textos, sería el de la utilización regular y legítima de textos ajenos en las recreaciones propias. La presencia de algunos fragmentos de Dostoyevsky en «La cara de Dios» sería comentada por Zamora Vicente descubriendo nuevas fuentes y citando ejemplos en los que algunos escritores del 98 incluso solicitaron la colaboración de otros, sin que luego lo hicieran constar en la edición. Habría una especie de cultura y de vida librescas, y los textos de los demás se harían propios al ajustarlos a la obra literaria propia, inmersos en un todo superior. El escritor estaría, cuanto más, obligado a dar las pistas para que fuese fácil descubrir la procedencia de ese material inicialmente ajeno, cosa que, según Zamora Vicente, habría hecho sobradamente Valle en «La cara de Dios», al aplicar a ciertos personajes el nombre de los modelos reales cuyo trabajo literario había sido aprovechado. Norma que don Ramón no siguió en el caso de la novela de Dostoyevski, cuya parcial presencia en «La cara de Dios» es divertidamente explicada por Zamora Vicente dentro de las prácticas, entre

SOLO HASTA EL 31 DE JULIO



«TRIUNFO» HA CONFECCIONADO UN ÍNDICE, CORRESPONDIENTE A LAS MATERIAS PUBLICADAS DURANTE 1972, QUE HEMOS ENVIADO GRATUITAMENTE A TODOS LOS SUSCRITORES DE LA REVISTA.



SI USTED SE SUSCRIBE A

triunfo

ANTES DEL 31 DE JULIO PROXIMO, RECIBIRÁ GRATUITAMENTE UN EJEMPLAR DEL ÍNDICE 1972. PARA ELLO, BASTARÁ CON QUE NOS REMITA EL BOLETIN QUE FIGURA EN LA PAG. 54.

culturales y picarescas, que cabe atribuir a un Valle-Inclán dedicado a una «novela por entregas».

En definitiva, y este sería el punto de confluencia de las dos direcciones apuntadas, «La cara de Dios», originalmente un sainete, enclavada luego en el mundo de la novela por entregas, nos remitiría a una galería de muertos de hambre, de pícaros sordidos o remilgados, en los que cabría ver el antecedente de «Luces de bohemia», impregnada, por lo demás, de acentos costumbristas. Cada cual se las arregla como puede para sacar unas pesetas. ¿Acaso sería una sorpresa descubrir nuevas «colaboraciones» en la novela de Vallé? ¿No llegaron él, Baroja, Maeztu y Bargiela a proponerle a un editor la publicación de un folletín que se titularía «Los misterios del Transvaal»?

Estudio este de Zamora Vicente breve, pero escrito con la pasión y el rigor de quien ha encontrado en «La cara de Dios» un nuevo estímulo para transitar por un mundo que conoce. Es el mundo del 98, a la hora en que lloraba la patriotería y Baroja escribía folletines de la realidad española; folletines que iban a ser la novela exacta del momento.

Inútil afrontar «La cara de Dios» desde la imagen «egregia» de don Ramón. Hay que verla desde el Madrid del 900 para mejor entender, de añadidura, el Valle de aquellos años. ■ JOSE MONLEON.

La rehabilitación del chimpancé

Si el estudio del comportamiento de cualquier animal resulta apasionante, ninguno puede compararse con la tremenda fascinación

e interés que despierta —tanto en el científico como en el simple lector de las narraciones de aquél— la etología de primates, exceptuando quizá a los cetáceos (singularmente los delfines). Estudiar artículos ya clásicos, como el de Harlow (1), sobre las relaciones materno-filiales en los monos rhesus o los de Kawamura e Itani (2), sobre la transmisión «subcultural» en los macacos japoneses, es una experiencia inolvidable, que obliga a meditar por sus indudables relaciones con el comportamiento humano.

Pero el interés llega al máximo cuando el primate estudiado es un mono antropomorfo (*), nuestros más próximos parientes evolutivos.

(1) HARLOW, HARRY F.: «Love in infant monkeys». Scientific American, junio 1959.
(2) KAWAMURA, S.: «Subculture propagation among Japanese macaques». J. Primat., 2, 43-54.

ITANI, J.: «Sobre la adquisición y propagación de un nuevo hábito alimenticio en una manada de macacos japoneses en Takasakiyama». Primates, 1, 84-98.

(*) Pertenecientes a las familias Hílobátidos y Póngidos que se agrupan en la superfamilia Homínidos con una tercera familia —Homínidos— a la que pertenecen el hombre y sus antecesores.

Cuanto más se profundiza en el estudio del psiquismo de estos simios, resulta más claro que el abismo que la egolatría y la vanidad del hombre habían interpuesto entre él mismo y el resto del mundo animal se va achicando y comienza a transformarse tan sólo en una zanja. Por supuesto que esta semejanza no debe malinterpretarse, los monos antropomorfos no están —según las más modernas concepciones filogenéticas— en la línea directa del desarrollo humano; contrariamente representan formas terminales de otra rama, con la que sólo tenemos algún antecesor cercano común, y, por tanto, no existe una total homología —a escala reducida— del comportamiento humano, dándose gran número de diferencias. La gradación de pasos intermedios sólo podría observarse si aún viviesen los antecesores de los monos antropomorfos y del hombre actuales hasta ese ancestro común. A pesar de todo, la profundización en el estudio del comportamiento de los mo-

nos superiores ayudará extraordinariamente al conocimiento objetivo del comportamiento humano.

De esta forma, sumergirse en las páginas del libro de Jane van Lawick-Goodall sobre su largo estudio del comportamiento de los chimpancés salvajes (3), recientemente vertido al castellano, constituye un apasionante ejercicio intelectual, como en su día lo fue también la lectura del extraordinario estudio de Schaller sobre el gorila (4). En él, la doctora Van Lawick-Goodall cuenta sus descubrimientos y la forma en que llegó a ellos, no en el lenguaje árido, propio de las comunicaciones científicas, sino relatando su vida y experiencias en la selva de Gombe, lo que hace al libro muy asequible a todo tipo de lectores y no tan sólo a los iniciados en etología, aunque éstos encontrarán un sin-

(3) VAN LAWICK-GOODALL, JANE: «Mis amigos los chimpancés». Ed. Noguer. Barcelona, 1973.

(4) SCHALLER, G. B.: «The year of the Gorilla». Chicago University Press, 1964 (traducido al castellano en Fondo de Cultura Económica).

número de datos interesantes, que además son esquematizados en las últimas páginas mediante una serie de valiosos apéndices (expresiones faciales y gritos, dieta, armas y herramientas, etcétera).

Todo el libro —si exceptuamos unas cortas y dudosas consideraciones pseudometafísicas que la doctora se permite para insistir en las diferencias entre hombres y chimpancés— resulta de un gran interés, y cualquiera de los múltiples aspectos comportamentales tratados constituye un tema digno de pausada consideración. Pero, sin duda, los que despiertan una mayor fascinación, y serán un motivo de sorpresa para el lector que desconozca estos temas, son los hábitos cazadores de los chimpancés y la utilización y fabricación de instrumentos y armas con diversos fines. Y es que, como lo supo captar el eminente antropólogo L. S. B. Leakey, promotor de los estudios de la doctora Van Lawick-Goodall, y otros similares, el conocer profundamente a los mo-

nos antropomorfos ayudará de forma insustituible a aclarar los procesos que dieron origen al hombre, ya que al no sobrevivir ninguno no podemos estudiar a nuestros antecesores inmediatos, y hace tiempo que etnólogos geniales, como Lévi-Strauss, disiparon la falsa concepción de que los pueblos primitivos se encuentran en una suerte de infancia filogenética, falsa concepción, que por otra parte venía al pelo para justificar el destructivo paternalismo «civilizador» de los países tecnológicamente avanzados que se autoclean a la categoría de únicos adultos culturales.

Del estudio que relata el libro comentado se desprende que los chimpancés, los más próximos parientes vivos del hombre (de acuerdo con los resultados de ensayos seroimmunológicos), poseen un nivel intelectual mucho más elevado de lo que se sospechaba, e incluso de lo que es —para muchos— cómo reconocer. Por supuesto, este nuevo y más justo enfoque de los monos superiores no es un caso aislado, sino que todos los estudios de su comportamiento apuntan en la misma dirección, como es el caso del importantísimo trabajo de Allen y Gardner (5), que demuestra cómo los chimpancés, de una forma que aún no sabemos delimitar con certeza, tienen conciencia de su propio «yo». Todo este conjunto de conocimientos obliga a la búsqueda de una nueva definición de hombre, que ya no es el único animal constructor de instrumentos y que sabe quién es, si bien es cierto que en ambas actividades se muestra más adelantado. ■ CARLOS GONZALEZ.

(5) ALLEN, R. & GARDNER, BEATRICE: «Teaching sign language to a chimpanzee». Science, vol. 165 (1969), páginas 664-672.

